

*Símbolo del Año
Internacional
de la Educación
(la cabeza del
hombre universal)
diseñado por
Victor Vasarely*



1970: Año Internacional de la Educación

Mensaje del señor René Maheu, director general de la Unesco

En este primer día del año me dirijo a todos los países del mundo para recordarles que, a propuesta de la Unesco, la Asamblea General de las Naciones Unidas proclamó 1970 Año Internacional de la Educación, y para pedirles que hagan desde ahora todo lo necesario para que este año se vea marcado por progresos importantes, tanto cualitativos como cuantitativos, en la esfera de la educación.

En gran número de países se está reconsiderando hoy día la educación tanto en sus formas como en su contenido. En vez de dejarse engañar por la ilusión de que las polémicas y las pasiones acabarán extinguiéndose por sí solas, es preferible esforzarse valerosamente por comprender una crisis—en la cual se deben ver, por otra parte, menos las amenazas de una imposible destrucción que las promesas de un renacimiento necesario—y por afrontarla.

En un mundo en plena mutación, en el que la explosión demográfica, la descolonización y las profundas transformaciones económicas y sociales resultantes de la evolución tecnológica constituyen otras tantas fuerzas que impulsan a democratizar la enseñanza, en tanto que la aceleración del progreso científico entraña un envejecimiento cada vez más rápido del saber, y que el desarrollo de las técnicas de información para las masas y de los medios auxiliares audiovisuales trastornan los datos tradicionales de la comunicación, la educación no puede limitarse, como en el pasado, a formar, en función de un modelo predeterminado de estructuras, de necesidades y de ideas, a los dirigentes de la sociedad de mañana, ni a preparar de una vez para todas a los jóvenes para un determinado tipo de existencia. La educación ha dejado de ser el privilegio de una minoría selecta, y de estar li-

mitada a una edad; tiende a coincidir a la vez con la totalidad de la comunidad y con la duración de la existencia del individuo. En cuanto tal, debe manifestarse como actividad permanente y omnipresente. No se la debe concebir como la preparación para la vida, sino como una dimensión de la vida, caracterizada por una adquisición continua de conocimientos y un incesante nuevo examen de conceptos.

Pero ¿cómo podría alcanzar la educación tal amplitud si la organización interna sigue estando fragmentada y aislada en su conjunto, respecto a la sociedad y a la vida? No sólo no existe integración entre los diversos elementos que intervienen en el proceso educativo, sino que la educación, como tal, sigue estando todavía frecuentemente cortada del resto de las actividades humanas. Lejos de vivir en simbiosis con la colectividad, la escuela, el liceo, la universidad, constituyen con demasiada frecuencia universos cerrados.

Por ejemplo, que un especialista en electrónica no cuente con medios institucionalizados para que se beneficien de su saber sus colegas, amigos o vecinos que deseen modernizar sus conocimientos; que un establecimiento escolar no se utilice al máximo más que doscientos días por año a razón, cuando más, de ocho horas diarias; que estudiantes o alumnos que han cursado estudios durante años se vean en la imposibilidad de beneficiarse en el mercado del trabajo de lo que han aprendido porque han fracasado en un examen o en un concurso, es un desperdicio—de recursos materiales y de posibilidades humanas—que no debe aceptarse ya en ninguna parte. En ninguna parte, pero menos que en cualquier otro lugar en los países en vías de desarrollo.

Y puesto que me refiero a esos países, ¿cómo

podría pasar en silencio el más escandaloso de todos los desperdicios de posibilidades humanas: el analfabetismo, que hoy todavía mantiene a más de la tercera parte de la Humanidad en una situación de impotencia inferior a los umbrales de la civilización moderna? ¿Cuándo se decidirá eliminar esa plaga de la faz de la tierra?

Con ocasión del Año Internacional de la Educación la comunidad mundial se ve invitada a reflexionar sobre esos problemas, con miras a darles soluciones innovadoras y osadas. La Unesco invita a los gobiernos, las instituciones y los particulares a orientar el esfuerzo de reflexión y de promoción que se impone, en el sentido de la educación universal y permanente antes mencionado.

A nadie se le ocultan las inmensas dificultades de la empresa de reconversión de estructuras y de aptitudes que requiere ese concepto de educación permanente, desde el momento en que se pretende no dejarlo perder en la inanidad de las consignas. En efecto, se trata nada menos que de englobar la enseñanza escolar y universitaria en una síntesis en la que se vincule orgánicamente con la educación extraescolar y con la educación de adultos, consideradas todavía hoy con excesiva frecuencia como marginales, cuando es evidente que, en una perspectiva ca-

talizadora, están destinadas a constituir un eje esencial de la formación continua y pluriforme de los espíritus. Y, evidentemente, nadie piensa que esto pueda realizarse en un año en parte alguna. Pero ha llegado el momento de que emprendamos resueltamente, todos juntos, esa vía que es el camino de la humanidad moderna.

Las grandes crisis de la educación han coincidido siempre con mutaciones profundas de la sociedad y de la civilización. Creo que abordamos uno de esos momentos de la Historia. En todas partes se hace sentir la necesidad de nuevos módulos humanos para la sociedad y para la persona, y se tiene conciencia de que, si la educación no puede por sí sola realizar invenciones tan complejas, éstas no podrían tampoco realizarse sin ella, porque, en definitiva, ningún progreso adquiere realidad y sentido para el hombre, sino por lo que del mismo se proyecta y lo que de él resulta en la educación.

Así, pues, al invocar el derecho de todo ser humano a la educación como un derecho al progreso y a la renovación, declaro abierto en este día de esperanza y de paz el Año Internacional de la Educación y, para el éxito del mismo, hago un llamamiento a la generosa emulación de los pueblos y a la bienhechora cooperación de los Estados.

España y el «Año Internacional de la Educación»

Alocución del excelentísimo señor don José Luis Villar Palasí, ministro de Educación y Ciencia, a través de Televisión Española, el día 16 de enero de 1970.

Los 125 países miembros de las Naciones Unidas han proclamado el año 1970 «Año Internacional de la Educación».

Para los españoles este hecho tiene un sentido y un valor particular, pues el Año Internacional de la Educación va a coincidir con un año español de la Educación. Es precisamente en el curso de este año cuando las Cortes van a examinar la nueva ley de Educación, y durante el que vamos a tratar de poner en marcha una reforma general que cambie nuestra enseñanza por un sistema más democrático, más eficaz y mejor adaptado a las necesidades del desarrollo económico y social del país.

Esta coincidencia es de buen augurio. Estamos orgullosos de poder contribuir al Año Internacional de la Educación con la nueva ley española de educación, pero todavía estamos más orgullosos aún al saber que nuestro esfuerzo se une en el marco de un esfuerzo general y que nues-

tras preocupaciones y nuestras esperanzas son las preocupaciones y las esperanzas de la humanidad entera.

El primer objetivo del Año Internacional de la Educación es el de hacer comprender mejor, a través del mundo, el papel que puede y debe jugar la educación en el desarrollo socioeconómico. Las Naciones Unidas han preparado para 1970-1980 un plan mundial de desarrollo, declarando 1970 Año Internacional de la Educación. Las Naciones Unidas señalan que la educación es el primer paso en el largo camino del desarrollo. La primera y verdadera riqueza de un país es su capital humano; si no se valoriza sistemáticamente este capital no hay posibilidad de desarrollo económico, social y cultural. El camino de la riqueza, de la civilización y de la paz pasa en primer lugar por la escuela. La primera preocupación de un país que quiere prosperar debe ser, por tanto, sus escuelas, institutos y univer-